

LA ORACIÓN MISIONERA.

Introducción. Estamos viviendo en toda la Iglesia un tiempo muy importante. El de redescubrir la riqueza que nos regala el Señor de poder compartir la «vida nueva» que Él nos da, en medio de una cultura que pide a gritos personas que sirvan de referencia, de modelo, de muestra, de las maravillas que Dios es capaz de hacer en medio de nuestro mundo. Hay una Vida en abundancia que nos está esperando y la Cuaresma es el tiempo de acoger ese regalo, es el tiempo de limpiar nuestra mirada y experimentar que el Dios de la Vida y del Amor nos quiere compartir su misma ilusión y compasión. No nos ha creado y nos ha regalado la vida para nos quedemos en proyectos inacabados, en ilusiones no cumplidas. En un bonsái humano, recortado permanentemente en sus ansías de crecer, de expandirse, de dar fruto en abundancia, cuando Él nos ha destinado a que demos fruto abundante. Cuanto recorte por parte de muchas familias que en vez de dejarnos ser quienes somos, nos quieren reproduciendo otros patrones. Recortes en la educación, en la que fabrican clones, eliminando diferencias e imperfecciones. Por eso, estos días privilegiados de Cuaresma, los vamos a compartir señalando elementos esenciales de cómo vivir ese proceso de transformación, de conversión. No emana de nosotros la vida que estamos llamados a dar. Nosotros no somos salvadores de nadie. Sólo en la medida que nos dejamos tocar por el amor de Dios, convertido en experiencia personal, convertido en vida propia podremos contagiar y ayudar a los demás. Por eso es imprescindible permanecer unidos a Él.

Lo que Dios nos dice. “Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; pues sin mí no podéis hacer nada. Si uno no permanece en mí, lo tirarán afuera como el sarmiento y se secará: los recogen, los echan al fuego y se quemarán. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis y os sucederá.” Jn 15,4-7.

Permanecer unidos es situarnos como el bebé en el vientre de su madre. Vive, no por sus fuerzas, sino por ese vínculo que es el cordón umbilical, que le nutre, le da vida. Nosotros los cristianos tenemos también una conexión que no es visible, no es física, pero es igual de esencial. Es descubrir que la vida nos llega de parte de otro. Esa es la necesidad de orar. La oración es ese espacio de tiempo que tenemos que dedicar diariamente, cada uno cuando mejor le venga, para hacernos conscientes de lo acompañados y habitados que somos. Está muy de moda el «mindfulness». Es la técnica de la meditación, que pretende buscar la atención plena. Ser conscientes de que estamos vivos, que el corazón nos late, que respiramos, que el aire entra a nuestros pulmones, que nos devuelve el aliento. Es también ser consciente de que vivo rodeado de otros, que me necesitan, a los que necesito. Pero la gran diferencia entre meditación y oración, es que en la oración me encuentro con «alguien». No busco el silencio, busco el diálogo con aquel que tiene palabras de vida eterna.

“Ahora, hermanos, por la misericordia de Dios, os exhorto a ofrecerlos como sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios: sea ése vuestro culto espiritual. No os acomodéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva, para discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno y aceptable y perfecto.” Rom 12,1-2.

Porque vivimos en vidas muy distraídas y despistadas. La emergencia de la tecnología nos hace vivir distraídos. Nos cuesta atender, escuchar, prestar atención al otro. Cuantas veces decimos a la pareja, o a los hijos, no me estas escuchando. Y es que es cierto. La oración es dedicar un tiempo real, concreto, concentrado a la palabra que Dios les dirige a nuestras vidas. Definía Teresa de Ávila: «Orar es tratar de amistad, en silencio, a solas, largo tiempo, con aquel que sabemos que nos ama».

Ese tiempo es privilegiado, insustituible. Como nuestros móviles no funcionan sino tienen cargada la batería, nuestra capacidad de vivir de forma abundante tampoco puede funcionar sin oración. En el siglo XXI el cristiano, o es místico, o no será verdaderamente reflejo del amor de Dios. A nuestra Iglesia le sobran siervos y le faltan amigos. Personas que de verdad vivan su fe, no como una herencia cultural, sino cómo una experiencia de encuentro con Cristo vivo. Y no solo en momentos puntuales, del domingo, del martes en la escolilla, sino 24 horas al día. Cristianos que hacen de la alegría del Evangelio la razón de su existir. Esa oración ocupará un espacio en nuestro horario. Igual que dedico tiempo a cuidar del cuerpo, salgo a correr, a andar, según la edad, al gimnasio, o tiempo para cervecear, para ir a comprar, o ver series en Netflix, igual es necesario dedicar tiempo a la interioridad. Para que mi compromiso con el Evangelio, no sea solo hacer cosas, trabajar, organizar las tareas de casa, quedar con gente, ir a comprar, leer un rato, sino que mi primer compromiso es con el Señor, que me ha llamado, a través de lazos de amor, de cuerdas humanas, que me ha atraído hacia Él. Pero para estar con Él. Jesús no quiere nuestras cosas, ni nuestro tiempo, nos quiere a nosotros. No somos funcionarios de la iglesia, somos amigos.

Cómo podemos vivirlo. Que María de la Estrella nos enseñe a decirle cada día, «hágase en mí según tu palabra». Ella que era una mujer orante y como dice el evangelista Lucas: **“Pero María lo conservaba y meditaba todo en su corazón. Lo guardaba todo y lo meditaba en su corazón.” Lc 2,19.**

Qué nosotros sepamos sacar espacios en nuestro día para poder conectar con esa presencia que lo inunda todo. Como buscamos la red Wifi para que se conecte nuestro móvil, que también conectemos todo lo que nos constituye, mente, corazón, fuerzas, alama, a ese manantial que salta hasta la vida eterna que es el corazón de nuestro Dios.